

Queridos hermanos y hermanas: Buenos días.

En el evangelio de hoy, Jesús insiste sobre las condiciones para ser discípulo suyo: no anteponer nada al amor por Él, llevar la propia cruz y seguirle. Mucha gente, de hecho, se acercaba a Jesús, querían contar entre sus seguidores, y esto ocurría especialmente tras algún signo milagroso, que lo acreditaba como el Mesías, el Rey de Israel. Pero Jesús no quiere engañar a nadie. Él sabe bien lo que le espera en Jerusalén, cuál es el camino que el Padre le pide recorrer: es el camino de la cruz, del sacrificio de sí mismo, para el perdón de nuestros pecados. ¡Seguir a Jesús no significa participar en un desfile triunfal! Significa compartir su amor misericordioso, entrar en su gran obra de misericordia para cada hombre y para todos los hombres. ¡La obra de Jesús es justamente una obra de misericordia, de perdón, de amor! ¡Jesús es tan misericordioso! Y este perdón universal, esta misericordia, pasa a través de la cruz. Jesús no quiere cumplir solo esta tarea: nos quiere involucrar también en la misión que el Padre le ha confiado. Después de la Resurrección, dice a sus discípulos: "Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo... A los que perdonéis los pecados, les quedan perdonados" (*Jn 20,21.22*). El discípulo de Jesús renuncia a todos los bienes, porque ha encontrado en Él el mayor Bien, en el cual todos los otros bienes reciben su pleno valor y significado: los lazos familiares, otras relaciones, el trabajo, los bienes culturales y económicos, etc. El cristiano se distancia de todo y reencuentra todo en la lógica del Evangelio, la lógica del amor y del servicio.

Para explicar esta exigencia, Jesús usa dos parábolas: la de la torre en construcción y la del rey que va a la guerra. Esta segunda parábola dice así: "¿Qué rey si va a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil hombres al que lo ataca con veinte mil? Si es no, cuando el otro está todavía lejos, le envía mensajeros a pedir la paz" (*Lc 14,31-32*). Aquí Jesús no quiere afrontar el tema de la guerra, es sólo una parábola. Pero en este momento en que estamos firmemente orando por la paz, la Palabra del Señor nos toca en lo más vivo, y, esencialmente, nos dice: ¡hay una guerra más profunda en la que debemos combatir, todos! Es la decisión firme y valiente de renunciar al mal y a sus tentaciones y escoger el bien, dispuestos a pagar en persona: ¡he aquí el seguimiento de Cristo, he aquí el tomar la propia cruz! ¡Esta profunda guerra contra el mal! ¿De qué sirve ir a la guerra, tantas guerras, si no eres capaz de hacer esta profunda guerra contra el mal? ¡No tiene sentido! No funciona ... Esto implica, entre otras cosas, esta guerra contra el mal comporta decir no al odio fratricida y a las mentiras que usa; decir no a la violencia en todas sus formas; decir no a la proliferación de las armas y a su comercio ilegal. ¡Hay tantas cosas! ¡Hay tantas cosas! Y siempre queda la pregunta: esta guerra de allí, esta otra de allí - porque hay guerras en todas partes - en realidad, ¿es una guerra causada por problemas o es una guerra comercial para vender estas armas en el comercio ilegal? Estos son los enemigos que

combatir, unidos y con coherencia, no siguiendo otros intereses que la paz y el bien común.

Queridos hermanos, hoy también recordamos la Natividad de la Virgen María, fiesta particularmente querida para las Iglesias Orientales. Y todos nosotros, ahora, enviamos un grato saludo a todos nuestros hermanos, hermanas, obispos, monjes, monjas de las Iglesias Orientales, Ortodoxa y Católica: ¡un bonito saludo! Jesús es el sol, María es la aurora que preanuncia su salida. Anoche confiamos a su intercesión nuestra oración por la paz en el mundo, especialmente en Siria y en todo el Medio Oriente. La invocamos ahora, como Reina de la Paz. ¡Reina de la Paz, ruega por nosotros! ¡Reina de la Paz, ruega por nosotros!